

Perspectivas teóricas sobre América Latina

Entre la globalización y la desigualdad

Rafael Paternain *

El rearme discursivo

La historia del pensamiento social latinoamericano ofrece magníficos ejemplos teóricos, aunque muchas veces ignoramos la relevancia de las tradiciones de nuestras ciencias sociales. Obsesionados por las exigencias de las técnicas y la metodología de investigación, no apreciamos la acumulación de “principios de análisis” para capturar las realidades del continente. Convencidos de la necesidad de producir un conocimiento adaptativo y estandarizado, las percepciones teóricas y las imágenes empíricas se van consumiendo como el incienso. Socializados en el realismo político y en la “neutralidad” del nuevo intelectual, desactivamos los contenidos críticos de un pensamiento latinoamericano que pide a gritos un trabajo sistemático de revisión.

En tiempos recientes, nuestras ciencias sociales no terminan de cuajar un modelo alternativo. Institucionalizadas las disciplinas, especializados y fragmentados los saberes, reconocida y aceptada la pluralidad de corrientes, el destino de la sociología parece marcado por una permanente transición. Las ciencias sociales latinoamericanas han sido desafiadas directamente por los profundos cambios socioeconómicos de los últimos lustros. Complementariamente, el rol de los intelectuales ha mutado en medio de la explosión de los “metarrelatos” y de la extensión omnimoda de las industrias culturales por todos los poros del espacio público.

Por si fuera poco, hemos empeñado una buena parte de nuestro esfuerzo en revisar, con extremada dureza, los modelos constitutivos de interpretación. En efecto, la crisis de los años ochenta fue acompañada en América Latina por una crítica global y par-

titular de las experiencias sociopolíticas del pasado y de las distintas cosmovisiones y respuestas ofrecidas por las ciencias sociales. El ejemplo de Alain Touraine es, en ese sentido, revelador: si bien su propuesta se insertó en la línea del “desarrollo” latinoamericano, tomó distancia de los enfoques anteriores. Lo mismo podría decirse de Néstor García Canclini, quien gestó lo más novedoso de su perspectiva en tensión dialéctica con las teorías tradicionales.

En 1987, Fernando Mires opinó que el pasado latinoamericano estuvo gobernado por las dos fracciones del modernismo –la desarrollista y la revolucionaria–, las cuales poseían una visión extremadamente optimista de la historia. Ambos discursos entraron en crisis, lo que puso fin al “periodo de la modernización”. El escenario por donde se proyectó el drama modernista, y los actores que lo encarnaron, ya no son lo mismo que antes. El concepto de “crisis” se extiende por todo el continente como toma de conciencia generalizada respecto a “una disociación evidente entre la realidad y el discurso” (Mires, 1987).

El mismo autor arriesgó la siguiente idea: América Latina vive un proceso “fundacional” objetivo, heterogéneo y contradictorio, imposible de ser articulado en un solo discurso. En lo económico, se generan nuevas formas de subsistencia al margen de la gran empresa. En lo social, cristalizan estructuras segmentadas en franjas relativamente independientes entre sí, las que no se dejan reducir por los esquemas de la modernización (“dualismo estructural”, “contradicción principal de clases”). En lo político, por fin, asistimos al auge de iniciativas consideradas antes como “secundarias”: por ejemplo, las actividades populares de la Iglesia, las comunidades cristia-

* Profesor Asistente del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales; Master en Ciencias Humanas, Facultad de Humanidades, Universidad de la República — rafael@fcsoc.edu.uy

nas de base, las organizaciones de mujeres, los nuevos partidos políticos, etc. (Mires, 1987).

Sin embargo, semejante proceso “fundacional” fue redireccionado por la expansión del neoliberalismo, por la multiplicación de la pobreza y la desigualdad, por la institucionalización de la democracia, por las iniciativas de integración económica regional y por las nuevas reglas de inserción en una sociedad global. Si la transición civilizatoria y sociológica resultó tan fulminante para las estructuras de la realidad latinoamericana, ¿cuál ha sido la reacción de nuestras ciencias sociales?

Además de una tendencia irrefrenable hacia una especialización autista, en la larga duración puede advertirse también una evolución desde paradigmas estructuralistas y sistémicos hacia versiones socio-simbólicas, actorales y culturales. Del mismo modo, se adivina una saludable inclinación hacia las pretensiones interdisciplinarias y transdisciplinarias, y una voluntad renovada para la “fundamentación filosófica” de las ciencias sociales. Entre tanta conmoción analítica y conceptual, hay una evidencia que no puede pasar desapercibida: las viejas voces interpretativas no han desaparecido de la escena política y académica.

Los modelos se “rearmen discursivamente” e inundan el mercado de la reflexión con nuevos dualismos: local/global, nacional/mundial, particularismo/universalismo, centralización/descentralización, política/mercado, estado-nación/ciudadanía global, etc. Debe reconocerse que las estrategias teóricas de los modelos tradicionales de interpretación mantienen una buena porción de su vigencia: ¿puede concebirse la globalización fuera de las pretensiones de la modernización? ¿Acaso los procesos mundiales eliminan de un plumazo la dependencia, la asimetría, la desigualdad y la dominación? ¿Es razonable tematizar la globalización fuera de las identidades de actores y movimientos sociales que se desenvuelven en un contexto determinado, es decir, dentro de la lógica de un modo de desarrollo particular? ¿Cómo narrar las peripecias de la globalización en un mundo postmoderno y multicultural, en donde la fragmentación diluye la idea de antagonismos fundamentales?

Este ensayo constituye un capítulo de un trabajo reflexivo sobre las posibilidades de una teoría de la sociedad latinoamericana (Paternain, 2004). A mitad de camino entre la revisión de los modelos de análisis que han hegemonizado la interpretación en América Latina durante las últimas cuatro décadas, y los tanteos preliminares para la búsqueda de nuevas herramientas teóricas, nuestra pretensión consiste en explicitar algunas perspectivas actuales que combinen supuestos conceptuales, estrategias metodológicas y resultados empíricos.

Como veremos más adelante, estas perspectivas muchas veces no pueden autonomizarse de las tradi-

ciones teóricas latinoamericanas, y son desafiadas por una realidad compleja y heterogénea. En esa encrucijada, los viejos discursos se reactualizan, diluyendo las ambiciones teóricas de antaño y fortaleciéndose desde el punto de vista metodológico.

A partir de referencias bibliográficas acotadas, este artículo tiene un objetivo crítico-interpretativo. No busca exhaustividad ni rigor historiográfico, sino el hallazgo de algunas regularidades discursivas internas que nos permitan detectar la latencia de auténticos modelos interpretativos.

La idea central es que los viejos modelos siguen al acecho. En los estudios de inspiración cepalina sobre pobreza y desigualdad se adivinan las claves de los discursos sociológicos de la *modernización*. Se adivinan, también, aperturas reflexivas sobre el Estado y la sociedad civil, y sobre la necesidad de una renovación metodológica y conceptual para el estudio de los procesos de desintegración social. Dada la centralidad que este discurso tiene en muchos ámbitos políticos y académicos del continente, hemos decidido priorizar su lectura crítica en detrimento de otros enfoques sobre el Estado y la sociedad civil.

A su vez, en la perspectiva del sistema-mundo se han colocado muchos de los anhelos comprensivos del *dependentismo*. Por fin, el modelo de las *culturas híbridas* se prodiga ahora en la descripción de las metáforas y narrativas que le dan cuerpo a la “globalización imaginada”.

En cualquier caso, los criterios de selección reinciden en la idea de privilegiar aquellas vertientes teóricas con productividad empírica para gestar “evidencias”, “relatos” y “sentido” sobre la contemporaneidad social de nuestra América Latina.

Pobreza, desigualdad y globalización en América Latina

No exageramos si advertimos que muchos de los esfuerzos actuales de las ciencias sociales latinoamericanas se encaminan hacia la conformación de un modelo sobre la *desigualdad social*. A diferencia de las etapas anteriores, este modelo se desarrolla en un contexto pautado por las relaciones problemáticas entre democratización política y liberalismo económico, entre democracia y neoliberalismo. Y al mismo tiempo, se trata de un modelo que, en sus distintas versiones, se pregunta cómo revertir las consecuencias negativas de las políticas de ajuste neoliberal.

En este estado de situación, hay que preguntarse, por nuestra parte, si estos esbozos modélicos pueden -y quieren- llegar a convertirse en paradigmas analíticos que involucren explicativamente la totalidad de América Latina. En la tradición de las ciencias sociales del continente, un modelo se define como

una articulación teórico-empírica que se refiere a la existencia de un patrón común de evolución social. ¿Son generalizables los procesos de desigualdad social en América Latina? ¿Reconocen acaso las mismas causas y se manifiestan de idéntica manera en cada uno de los países?

En este sentido, pretendemos analizar algunos puntos de un modelo emergente, y en especial de los trabajos que se han realizado en la órbita de la CEPAL. Muchos destacados sociólogos y economistas de América Latina hace un tiempo que debaten estos temas y, en el marco de las investigaciones del Instituto Kellogg (Universidad de Notre Dame), se han plegado al llamado "consenso de Notre Dame". De alguna manera, estos estudios tienen influencia en organismos nacionales y multilaterales, parten de consistentes diagnósticos, desarrollan nuevas visiones sobre las políticas sociales e introducen conceptos teórico-metodológicos inéditos. Sabiendo de las limitaciones estructurales de nuestras sociedades y buscando alternativas a las consecuencias sociales de las políticas neoliberales, este "consenso" privilegia el camino del medio, es decir, el "desarrollo con equidad" y el equilibrio entre el Estado, el mercado y la sociedad civil. Si bien un modelo de la desigualdad social en América Latina no se constituye sólo con estos aportes¹, debemos reconocer que esta perspectiva goza de una centralidad política y académica que bien merece una reseña crítica.²

El "consenso de Notre Dame" es en parte tributario de una tradición teórica que se remonta a los clásicos estudios sobre la modernización de Gino Germani. Sus aportes también hay que evaluarlos en el plano teórico y metodológico, de donde han de obtenerse los fundamentos y las herramientas para comprender los procesos sociales más recientes. De la construcción de una nueva imagen de América Latina también depende su futuro.

La fuerza del doble diagnóstico

Los distintos autores que han coincidido en el llamado "consenso de Notre Dame", observan los procesos contemporáneos de desigualdad social y pobreza en América Latina desde un doble diagnóstico. Ninguno de ellos niega el deterioro de la situación de

la pobreza y la equidad durante el periodo de ajuste económico en el continente, y todos comparten la existencia de desempleo creciente, empleos de baja calidad y reducción de los salarios. Hay, en primer lugar, un diagnóstico *manifiesto*. Los efectos del ajuste estructural y el cambio en el estilo de desarrollo han aparejado en América Latina mayores y nuevos niveles de pobreza y desigualdad social.

La década del ochenta desató en el continente una crisis profunda que acabó con el estilo de desarrollo anterior. Las economías demostraron, como nunca, vulnerabilidad externa, fragilidad fiscal y ausencia de flexibilidad estructural. Más allá de las diferencias nacionales, se desplegó en la región un patrón de reformas y medidas que, a juicio de sus mentores, corregiría el rumbo de nuestras economías y abriría una etapa de crecimiento. Con el objetivo puesto en la estabilidad macroeconómica, en la competitividad internacional sobre la base de una disciplina fiscal, en una mayor libertad de comercio y en la vigencia de los mecanismos del mercado y la inversión privada, esta reforma neoliberal alteró radicalmente el modelo de acumulación y crecimiento en América Latina a través de la apertura de la economía al comercio mundial, la privatización de las empresas del Estado, las medidas tributarias para el aumento de la recaudación fiscal y la desregulación de los mercados.

El resultado de esta política fue contundente: mientras que el salario real tuvo una tendencia general al descenso, en 1990, el bienestar social global, medido por el ingreso nacional real per cápita, fue para la región en su conjunto un 15% inferior al nivel de 1980 (Altimir, 1999). Del mismo modo, se produjeron considerables aumentos en la pobreza urbana (menos en Uruguay y Chile). En 1990, la pobreza urbana en América Latina abarcaba al 39% de los hogares, y casi el 60% de los pobres latinoamericanos se concentra hoy en las zonas urbanas.³

Pero el problema no es solamente la pobreza, sino además el aumento de la desigualdad y el empobrecimiento de los sectores medios. En América Latina, la existencia de nuevos contingentes de pobreza, unida con los sectores más tradicionales de pobres "crónicos" y "estructurales", no hace más que testimoniar la heterogeneidad sociocultural del fenómeno del empobrecimiento y la vulnerabilidad social.

1 Somos particularmente conscientes de la cantidad de trabajos y vertientes sobre la desigualdad social que quedan fuera de estas consideraciones. Desde los enfoques más tributarios con la tradición del dependentismo hasta los estudios críticos surgidos fuera de América Latina (ver Díaz Orueta 1997 y Díaz Orueta y Lungo 1999), pasando por originales aproximaciones sobre las consecuencias de las políticas de ajuste estructural en los pequeños países latinoamericanos (De Sierra, 1994). La discusión de todas y cada una de estas líneas de investigación aportará elementos decisivos para la construcción de un modelo sobre la desigualdad social en América Latina.

2 El llamado "consenso de Notre Dame" ha quedado cristalizado en el libro compilado por Tokman y O'Donnell "Pobreza y Desigualdad en América Latina". Este libro sintetiza dimensiones y posturas de distintos autores latinoamericanos, tales como Altimir, Cortázar, Filgueira, O'Donnell y Raczynski. Si bien esta referencia no cubre la diversidad de la perspectiva, sin embargo aporta un orden representativo de un tipo de pensamiento sobre la realidad socioeconómica de América Latina.

3 En la caracterización de un posible modelo interpretativo sobre la desigualdad social en América Latina, no se puede soslayar que el diagnóstico manifiesto depende enteramente de una metodología, unas mediciones y unos indicadores particulares. El propio Oscar Altimir reconoce las limitaciones: "la posibilidad de que una buena parte de esos ingresos no sea detectada por las mediciones de las encuestas de hogares que estamos utilizando para estimar la igualdad no hace sino subrayar que estas mediciones probablemente subestiman el empeoramiento de la situación distributiva durante estas fases del proceso de reforma" (Altimir, 1999). Para el estudio de otras metodologías y mediciones, ver Longhi, 1995.

Este diagnóstico manifiesto es ampliamente compartido por especialistas, técnicos y políticos de todo el continente, y está condicionado, en muy alto porcentaje, por la utilización estandarizada de una metodología cuantitativa. Sin embargo, el diagnóstico se vuelve problemático cuando se incorpora la dimensión *latente*, es decir, cuando se enumeran las limitaciones estructurales e internacionales de nuestras matrices socio-económicas que marcan un “imperativo” en el perfil de las políticas que se llevan a cabo. El diagnóstico latente del “consenso de Notre Dame” no es más que un conjunto de proposiciones polémicas y políticamente discutibles, presentado a su vez como un infranqueable horizonte de contexto. Repasemos, pues, algunas de esas proposiciones “evidentes”:

1. Las políticas de la región deben adaptarse a la competitividad y flexibilidad internacionales, lo que quiere decir que la viabilidad del continente está en una ilimitada capacidad de adaptación, y no en la búsqueda de acumulaciones políticas que permitan revertir las negativas tendencias de la globalización.

2. Las respuestas políticas tienen que ser rápidas y sintonizar con las demandas del mercado, al mismo tiempo que en el plano laboral se deben buscar negociaciones autónomas y más descentralizadas, lo cual supone una transferencia de poder hacia el mercado.

3. Se plantea con insistencia la necesidad de ahorro, de progreso técnico y de aumento de la productividad, pero se eliminan del diagnóstico los afañes especulativos, la dependencia tecnológica y la búsqueda salvaje del “máximo beneficio”.

4. Se busca un Estado “fuerte”, pero no intervencionista, lo que no es más que una variante del liberalismo complementada con la *ideología* de los equilibrios sistémicos.

5. Otro tanto ocurre con el enunciado desiderativo del equilibrio entre el Estado, el mercado y la sociedad civil, el cual se sustrae a todo diagnóstico a partir de un análisis sobre las especificidades de la realidad latinoamericana.

6. Se postula que los procesos recientes de transformación en América Latina están sometidos a una vulnerabilidad externa, argumento que despolitiza y desociologiza los vínculos de poder y las relaciones de dependencia entre los países.

7. Se sostiene que para aliviar la pobreza, el ritmo de crecimiento se torna decisivo: “sólo con un crecimiento rápido hay esperanzas de crear suficientes empleos, al menos, para restaurar el equilibrio de postguerra entre la expansión de la fuerza laboral y la creación de puestos de trabajos formales de alta productividad” (Altimir, 1999). Semejante razonamiento economicista entra en conflicto con muchos tópicos del diagnóstico manifiesto, en donde se de-

mostraba que, a pesar del crecimiento económico en la última década, los niveles de pobreza y desigualdad habían aumentado.

8. La idea de globalización es entendida como la integración de la mayoría de los países latinoamericanos a la economía global. Como en muchos otros discursos, la globalización es un concepto unificador y simplificador que impone reglas inexorables. El diagnóstico de la globalización se solapa con la aceptación de su ideal normativo: “la globalización tiene impacto tanto en la demanda de mano de obra como en su variación. En una economía mundial en rápido cambio, las firmas tienen que adaptarse al cambio para seguir siendo competitivas. La flexibilidad de las reglas de juego (tanto formales como informales) afecta de manera crucial la demanda de mano de obra. Esto contrasta con la demanda de trabajo más estable y previsible experimentada durante el periodo de sustitución de importaciones” (Cortázar, 1999).

9. Uno de los rasgos más sobresalientes del diagnóstico latente consiste en la aceptación de la racionalidad del nuevo orden económico. Dentro de este horizonte, las políticas aplicadas en los últimos años son “correctas”, aunque es evidente que han tenido infinidad de efectos “indeseados”. Por lo tanto, a través de la reforma laboral (flexibilización y autonomización en la negociación), de la seguridad social (privatización y creación de fondos de inversión) y de la educación, se debe alcanzar un “crecimiento con equidad”.

10. Pero el crecimiento con equidad está supeditado a la creación de empleos, el cual depende de la inversión. Y todos sabemos que la inversión depende de las expectativas sobre las tasas de ganancias y del llamado “riesgo país”. Este último es un auténtico parámetro sistémico que se convierte en el gran regulador del consenso y de la integración social. Cualquier esbozo de política alternativa, cualquier desviación o error, dispararía el riesgo país y por lo tanto hipotecaría las posibilidades de desarrollo. Nunca antes como ahora, la “racionalidad del capital” se vuelve “necesidad colectiva” y sinónimo del “interés” general. Para escapar de la pobreza, generada por la lógica de la reproducción estructural del capital, hay que transferir todo el poder al capital.

El diagnóstico sobre los procesos de pobreza y desigualdad social en América Latina prefiere las evidencias descriptivas antes que las explicaciones sistémicas. La siguiente transcripción ilustra la incapacidad de la perspectiva para encuadrar comprensiva y causalmente el fenómeno: “la pobreza en América Latina... surge de la incapacidad de las naciones de la región para incorporar sectores significativos de la población tanto en el mercado como en el sistema sociopolítico, causando marcados déficit en las capacidades, habilidades e instrumentos políticos. Tales factores perjudican y limitan todavía más las repues-

tas adoptadas por las naciones de América Latina para abordar los problemas de la vulnerabilidad relativa” (Filgueira, 1999).

Las construcciones más recientes del modelo de la desigualdad social en América Latina parecen ganar fuerza en diagnóstico y perder consistencia y novedad en el plano interpretativo. Un diagnóstico crudo y realista, pero que no quiere dejar de ser “responsable” y “sensato”. Lamentablemente, la debilidad interpretativa no hace más que robustecer un diagnóstico latente que, a pesar de las evidencias, acepta la lógica de imposición de un modelo de desarrollo que va más allá de los vaivenes de las políticas económicas.

Estado, sociedad civil y democracia

El viejo Estado y el nuevo equilibrio

Una buena parte del debate contemporáneo sobre políticas económicas y sociales está dedicada al rol que ha cumplido y que debe cumplir el Estado. En los modelos interpretativos anteriores sobre la evolución de América Latina, principalmente en los enfoques de Gino Germani y Alain Touraine, se alcanzan niveles analíticos muy sofisticados en la comprensión de los llamados “nacional-populismos” y en las especificidades de los patrones de intervención del Estado. Sin embargo, en los enfoques más recientes, son notorias las insuficiencias en términos de una teoría del Estado en América Latina, insuficiencias que se agudizan a la luz de las profundas transformaciones de las últimas décadas.

De alguna manera, en su reflexión sobre el Estado, los distintos autores del “consenso de Notre Dame” manejan una triple estrategia. En primer lugar, se plantea una discusión general sobre la noción de Estado de Bienestar (Filgueira, 1999). Ésta resulta de por sí problemática en su propio contexto de surgimiento, es decir, en las sociedades desarrolladas. Y el problema se multiplica en América Latina, pues en casi todos los casos es imposible hablar de la concreción de un Estado de Bienestar. Faltan conceptos e insumos históricos para dibujar las singularidades evolutivas del Estado en América Latina. Por si fuera poco, la crisis del Estado de Bienestar en Europa y Estados Unidos en la década del setenta tuvo enormes repercusiones ideológicas sobre América Latina, las que estuvieron en la base de la implantación de las políticas neoliberales. Si en las propias sociedades desarrolladas se ha debilitado la asociación entre trabajo y seguridad social (ver Castel, 1997), otro tanto

ha de ocurrir en América Latina, con la diferencia que en el continente tal asociación jamás alcanzó niveles de bienestar ni justificó “exageradas intervenciones” del Estado.

En segundo lugar, precisamente, se estudia la crisis de los viejos modelos de protección social en América Latina, y se contraponen alternativas para enfrentar la pobreza. Esta segunda estrategia tiene la ventaja de ensayar un balance más próximo a la evolución de las sociedades latinoamericanas. Con un lenguaje tomado de Germani y de Touraine, el viejo modelo de Estado se encuadra en los conceptos de populismo, Estado de compromiso y estado nacional-popular: “los rasgos subyacentes de este sistema fueron una presencia creciente del Estado en la totalidad de la sociedad, el papel central de la política y una presencia débil de los actores de la base socioeconómica (‘sociedad civil’). Este ‘Estado movilizador’ encarnaba tres tipos de objetivos: integración nacional, crecimiento económico y redistribución del ingreso” (Raczynski, 1999).

A la luz de esta segunda estrategia, caben muchas interrogaciones: el viejo Estado de protección social, ¿fue uniforme en América Latina? ¿Bajo qué alianzas y hegemonías culturales se asentó? ¿Cuáles fueron sus fuentes de legitimidad que permitieron tanto su reproducción como su desmantelamiento? ¿Su crisis es atribuible a perversiones endógenamente estatales o a razones sistémicas y actorales concurrentes?

En opinión de muchos autores del “consenso de Notre Dame”, nuestras sociedades han pecado tradicionalmente por un exceso de política y por un déficit de racionalidad económica. Pero en la actualidad, en base a golpes severos, se ha aprendido que el desarrollo social y la reducción de la pobreza, dependen de un crecimiento económico sólido y de la creación de empleo productivo.⁴ En este contexto, a juicio de la CEPAL, el Estado es responsable de ofrecer oportunidades para la integración de los pobres en la economía y la sociedad, y de reforzar sus capacidades para sacar ventaja de las oportunidades sociales.

Sin embargo, el crecimiento económico no basta por sí mismo. Muchos autores matizan un economicismo extremo y señalan, como tercera y última estrategia, que los programas sociales que apuestan a la “integración social” resultan cruciales. La nueva filosofía política debe tomar en cuenta la restricción del gasto, la eficiencia, la descentralización, la privatización, la focalización, la recuperación de costo, los subsidios determinados por la demanda y la introducción de mecanismos de mercado en el funcionamiento del sector público. Complementariamente, se deben buscar diagnósticos adecuados de la

4 Las pruebas empíricas indican que los lazos entre el crecimiento económico y la reducción de la pobreza son el empleo y la evolución del salario real. El crecimiento puede hacer que nuevos segmentos de la población caigan en la pobreza (sectores no competitivos, sectores que experimentan una innovación tecnológica significativa o sectores afectados por cambios en el mercado laboral).

pobreza y reforzamientos de los gobiernos locales. Las políticas sociales tienen que robustecer a los gobiernos locales y a la sociedad civil, y evaluar el impacto social y la sustentabilidad de los proyectos puestos en práctica por agentes intermedios (ONGs, organizaciones sociales, etc.).⁵

La cristalización de todas estas reflexiones deriva en un nuevo consenso sobre el desarrollo que apuesta por el equilibrio entre el Estado, el mercado y la sociedad civil. En verdad, tal equilibrio carece de plausibilidad sociológica, y se muestra como un auténtico anacronismo dentro del mapa de contradicciones e incompatibilidades en América Latina. Estas concepciones se apoyan en una estrategia de razonamiento dualista, en donde la opción escogida se despliega entre dos polos tipológicos que nunca agotan toda la densidad de la realidad social (ver Paternain, 2001). Se apoyan, por fin, en la confusión de deseos con realidades. Postular un hipotético equilibrio de esferas sociales, es la forma más rápida de legitimar las dramáticas evidencias sociales.

Sociedad civil y vulnerabilidad social: la renovación teórica de la perspectiva

Los diagnósticos manifiesto y latente, la concepción del Estado, el equilibrio de esferas sociales y la singular cosmovisión política, no agotan el repertorio del modelo interpretativo de la desigualdad social formulado por muchos de los más reconocidos y destacados científicos sociales latinoamericanos. En rigor, podría afirmarse que dicho modelo ofrece dos vías esenciales de renovación teórico-metodológica, las cuales deben ser exploradas y profundizadas.

En la primera de ellas, se desliza el interesante concepto de sociedad civil, en verdad tan ajeno a la teorización de las ciencias sociales en América Latina. En este sentido, la urdimbre de la sociedad civil abarca una compleja trama cuyos hilos representan a las ONGs, las asociaciones profesionales, los movimientos sociales, los sindicatos, las iglesias, los empresarios, las comunidades de base y los medios masivos de comunicación. Desde este punto de vista, mientras que el Estado se caracteriza por la coerción -tanto concreta como potencial- y el mercado por una competencia nunca perfecta, la sociedad civil, por su parte, opera por medio de la mecánica del diálogo y el consenso.

Fue Alain Touraine, a través del llamado "modelo latinoamericano de desarrollo", quien formuló de manera más profunda y sistemática la importancia de la sociedad civil y de los movimientos sociales en la conformación del perfil socio-cultural de las sociedades latinoamericanas. Touraine dedicó páginas memorables al estudio de un mundo variado y complejo,

con una gran capacidad expresiva, pero con una marcada debilidad instrumental. De hecho, el concepto de sociedad civil replantea los límites entre lo público y lo privado, reintroduce el tema de los actores sociales, privilegia la dimensión comunicativa, dialógica, consensual, normativa y ética, y permite observar la gestación de distintas estrategias y racionalidades políticas, tanto cooperativas como conflictivas.

Sin embargo, en el modelo de la desigualdad social del "consenso de Notre Dame", la noción de sociedad civil es más una insinuación teórica que una concreción analítica novedosa. Como ya fue dicho, los peligros del postulado de un equilibrio irreal y de una absolutización de la racionalidad económico-productiva, diluyen necesariamente la potencialidad del concepto. De nuevo, el resultado es una idealización que hace más amable la imposición asimétrica de un nuevo orden económico y social.

La segunda vía, por su parte, trata de problemas metodológico-teóricos. De hecho, la confección de un modelo de la desigualdad social en América Latina se justifica contemporáneamente en la explosión de trabajos sobre la pobreza, la vulnerabilidad y la exclusión sociales. Si bien todos estos asuntos han prosperado en la sociología latinoamericana al amparo de la *modernización*, el *dependentismo* y el *modelo latinoamericano de desarrollo* (Faletto, 1993), en la actualidad se han autonomizado gracias a los cambios conceptuales y metodológicos en la medición de la pobreza y las necesidades básicas insatisfechas. El fracaso de las sucesivas políticas públicas latinoamericanas puso en evidencia la complejidad de los fenómenos de la desigualdad, la pobreza y la exclusión, la multiplicidad de sus determinantes y la inadecuación de los distintos marcos conceptuales.

En efecto, los trabajos más recientes de la CEPAL, en los cuales se asume que los países latinoamericanos presentan una matriz estructural que permite agruparlos bajo un síndrome común relativo a los problemas del desarrollo, se abren hacia nuevos conceptos, tales como exclusión, activos y vulnerabilidad, con la atención en los recursos y las estrategias de los hogares para resistir, adaptar o superar sus situaciones de pobreza (Kaztman, 1999).

Por encima de la idea de marginalidad y exclusión, el enfoque opta por la noción de vulnerabilidad, en tanto término que intenta crear instrumentos analíticos con los cuales identificar poblaciones y sectores en riesgo. La vulnerabilidad incluye a los individuos, pero, sobre todo, se refiere a grupos o categorías de individuos, y puede definirse como una "predisposición a descender de cierto nivel de bienestar a causa de una configuración negativa de atributos que actúan contra el logro de beneficios materiales (por ejemplo, ingresos, bienes, patrimonio) y

5 En este sentido, pueden hallarse interesantes reflexiones a partir de la experiencia europea. Ver VV.AA., 1995.

simbólicos (por ejemplo, *status*, reconocimiento, identidades compartidas). Por extensión, la vulnerabilidad es también una predisposición a *no* escapar de condiciones de bienestar negativas. Así, ciertos atributos tales como la situación laboral, la ocupación, el grupo étnico, la edad o una combinación de éstos serán indicadores de diversos tipos y grados de vulnerabilidad" (Filgueira, 1999).⁶

Por su parte, el concepto de vulnerabilidad es también la relación que se establece entre la capacidad (expresada en términos de atributos individuales compartidos) para movilizar recursos y la "estructura de oportunidades" de la sociedad. Se obtienen así, las nociones básicas de "activos", "capital", "recursos y capacidades", "pasivos" y "estrategias familiares", y la certeza de que es posible identificar una variedad de respuestas y estrategias de las familias pobres y vulnerables ante condiciones diferentes relativas a los cambios en las estructuras de oportunidades.

Inspirada en el "asset vulnerability" formulado por Caroline Moser, que centra su atención en estrategias de adaptación a circunstancias cambiantes, aun cuando dicha adaptación no implique mejoras en las situaciones de bienestar, ni modifique la capacidad para utilizar las vías existentes de movilidad e integración sociales, esta visión cepalina juega con las nociones de capital social, educativo, familiar y comunitario. Hay ecos de la sociología de Pierre Bourdieu, pero los mismos resuenan muy lejanos.⁷ Pero el sustento teórico lo aporta el clásico concepto de *estructura*. En este sentido, la idea de "estructura de oportunidades" alude a las probabilidades de acceso a bienes, servicios o desempeño de actividades.⁸

Democracia y legitimidad

En correspondencia con los análisis sobre el Estado y la sociedad civil, hay que reconstruir sistemáticamente también las bases de una reflexión sobre la democracia en la globalización. En los últimos quince años, la mayoría de los países del continente ha resignificado la discusión sobre la *democracia*. Si bien el tema no es nuevo, la expansión de las dictaduras militares y los posteriores procesos de reapertura han generalizado un debate inédito acerca de la viabilidad de la democracia en América Latina. Nuestro continente ha estado expuesto a una paradoja: las trabas socioeconómicas y socioculturales, los grandes cambios en las estructuras sociales y en los principios organizativos de la acción de los acto-

res populares, las transformaciones en la matriz de relación entre el Estado, la política y la sociedad, así como la reestructuración económica y social de corte neoliberal, se han profundizado al mismo tiempo que se desarrollaban los procesos de democratización.

De hecho, la extensión de los "liberalismos democráticos" es una realidad que recién en los últimos treinta años ha comenzado a hacerse mundial. Esto explica -junto con otras razones- las dificultades disciplinarias y teóricas para entender las transformaciones políticas en curso, puesto que la generalización del fenómeno democrático lleva a una falsa agregación y a un reduccionismo político que traslada experiencias de un lugar a otro.

Sea lo que fuere, el tema de la democracia aparece en diversos modelos latinoamericanos de interpretación -y con singular fuerza en las perspectivas de Germani y de Touraine-, sobre todo en una relación subsidiaria con la modernización. El modelo de la modernización postulaba una secuencia de "desarrollo político" que básicamente puede sintetizarse así:

1. Modernización de la sociedad (crecimiento económico con incorporación al mercado mundial, urbanización, desarrollo de la educación y de los medios masivos de comunicación, movilidad geográfica, etc.).
2. Difusión de valores modernos (universalismo, logro, orientación hacia el futuro, confianza social, etc.).
3. Instalación de un régimen político de democracia representativa (Nun, 1994).

Esta visión evolutiva supuso "un recorrido por etapas que llevaba de la desintegración de la sociedad tradicional al liberalismo democrático, pasando antes por la modernización de la economía y de la sociedad" (Nun, 1994).

Según la opinión de Nun, treinta años después, la secuencia parece haberse invertido, y ahora cece el número de autores que conciben a la democratización política como el paso previo y obligado de la modernización económica y social. Así, pues, no es extraño que Francisco Weffort escriba que no se puede negar "que la democracia es el único camino que puede llevar a los países latinoamericanos a la modernidad". En cualquier caso, "la idea de la modernización, primero, y la democratización, después, estuvo históricamente ligada a la primacía del Estado en el proceso de cambio; mientras que la secuencia in-

6 "La vulnerabilidad social no es sinónimo de movilidad hacia abajo, pero la movilidad hacia abajo es una consecuencia probable de las condiciones de vulnerabilidad. La misma noción de vulnerabilidad indica un riesgo disparado por algún acontecimiento o proceso" (Filgueira, 1999).

7 En otro contexto, habría que realizar una crítica sistemática de este enfoque a partir de las consecuencias teóricas y epistemológicas de la "sociología relacional" de Bourdieu.

8 "...puede afirmarse que si el enfoque de 'activos-vulnerabilidad' encuentra su expresión más adecuada en las formulaciones de Moser, la propuesta del presente trabajo se puede expresar en un enfoque alternativo de 'activos-vulnerabilidad-estructura de oportunidades' (AVEO), en el cual se asume que el concepto de activos no alcanza una significación unívoca si no está referido a las estructuras de oportunidades que se generan desde el lado del mercado, la sociedad y el Estado". (Kaztman, 1999).

versa tiende a asociarse con la función determinante que se le asigna ahora al mercado en el marco constitucional de la democracia representativa” (Nun, 1994).

En términos más actuales, el escenario teórico parece dividirse. Por un lado, están las perspectivas “pluralistas” de la democracia, las que siguen el ritmo tendencial de un criterio único de racionalidad cuyos pilares son la economía de mercado y el liberalismo democrático. En tal sentido, América Latina constituye un particular contexto de recepción: “...en los países capitalistas avanzados la ortodoxia pluralista tuvo un carácter defensivo de un pasado y un presente que se querían preservar: por imperfecta que allí fuese la institucionalización de los ideales democráticos imaginados por los autores del siglo XIX, Estados Unidos, en especial, constituía esa ‘first new nation’ celebrada por Lipset, donde se suponía que se daba una aproximación máxima al modelo teórico del ‘polo moderno’. En América Latina, en cambio, el surgimiento actual de las tesis pluralistas implica, a la vez, una impugnación del pasado y una apuesta al futuro, desde un presente que se percibe como profundamente dramático e incierto. Esto explica el carácter ‘fundacional’ que, en algunos lugares, se le intenta atribuir a estas tesis” (Nun, 1994).

Por otro lado, un devaluado pensamiento crítico latinoamericano hace su aporte en una dirección distinta. Mientras que en la década del sesenta el debate se articulaba en torno al tema de la *revolución*, en los ochenta el tema del Estado se desplaza hacia la sociedad civil, y con ello adquiere preeminencia la discusión sobre la *democracia*: “en el marco del mismo proceso de cambio de juego de lenguaje en el pensamiento crítico, se registra una significativa declinación de categorías como *clases, masas y proletariado*, frente a una creciente presencia de otras, tales como *movimientos, sujetos, actores y ciudadanía*” (Acosta, 1996).

Más allá de la explosión bibliográfica sobre el tema, la construcción de un modelo interpretativo sobre la democracia es, en América Latina, un asunto pendiente. Además, existen varios motivos para que este asunto no termine de arraigar en la discusión colectiva. En primer lugar, dado el escaso tiempo transcurrido desde las dictaduras militares que los precedieron, la mayoría de los actuales regímenes políticos siguen siendo evaluados, en parte, por oposición a aquéllas, es decir, por lo que no son.

Un segundo motivo proviene de la gran difusión que ha alcanzado el “no hay alternativas” del neoliberalismo y, con él, un enfoque formalista y tecnocrático que, “más allá de la retórica, es tratado sobre todo como un sistema de equilibrio posible, recomendable mientras no dé lugar a abusos que afecten las pautas actuales de acumulación capitalista” (Nun, 2000).

En tercer lugar, ha ocurrido una profunda y generalizada desarticulación de las identidades y de las

solidaridades de los actores populares, las cuales se contaron históricamente entre los mayores impulsos y sostenes de una amplia participación política. El contraste es notorio: “décadas atrás, la mayoría de los excluidos políticos eran trabajadores que luchaban para lograr acceder a la ciudadanía; hoy, la mayoría de los excluidos sociales son desocupados y subocupados que concentran su energía en tratar de sobrevivir” (Nun, 2000).

Por último, asistimos también a una palpable retracción del pensamiento crítico. El tema de la democracia todavía no se ha convertido en América Latina en el fermento de un debate sobre el presente y el futuro de nuestros países: “supongo que todavía son muchos los intelectuales que sufren de mala conciencia por haber atacado durante tantos años a la democracia *formal* (siguiendo una larga tradición que inició la izquierda francesa en 1848) y temen que cualquier objeción que hagan ahora sea mal interpretada” (Nun, 2000).

En definitiva, un modelo interpretativo debe indagar en las condiciones de posibilidad de la democracia, en los vínculos entre la ciudadanía y los derechos sociales y, en última instancia, en las relaciones que pueden existir entre la democracia y la igualdad. Del mismo modo, dicho modelo debe tematizar -para un continente especialmente heterogéneo en este sentido- los lazos contradictorios entre el capitalismo, el Estado y la democracia.

El sistema capitalista mundial

En su momento, el propio André Gunder Frank reconoció que la teoría de la dependencia se había equivocado sobre la evolución contradictoria del capitalismo a partir de la lógica conceptual del Estado nacional. Una de las figuras más relevantes del dependientismo daba el paso necesario para incorporarse a la concepción del sistema-mundo. Esta corriente encuentra adeptos tanto en las sociedades avanzadas como en América Latina, aunque cabría decir que en esta última el contexto de recepción ha estado marcado por un largo trabajo de crítica hacia la teoría de la dependencia. Sea lo que fuere, los más destacados aportes de Immanuel Wallerstein han revitalizado una perspectiva que “sustituye de plano la imagen de sociedades individuales mutuamente aisladas por la ‘contrafigura’ de *un solo* sistema mundial en el que *todos* -todas las sociedades, gobiernos, empresarios, culturas, clases, familias e individuos- deben ‘translocalizarse’ manteniéndose en *una* sola división del trabajo. Este único sistema mundial, que privilegia los marcos referenciales para las desigualdades sociales a escala mundial, se lleva a cabo, según Wallerstein, a través del capitalismo. En su opinión,

el capitalismo es, dada su propia lógica interna, necesariamente global” (Beck, 1998).

Según Wallerstein, la economía mundial capitalista comporta tres elementos básicos: en primer lugar, consta de un solo marco, el cual está regido por el principio de maximización de los beneficios; en segundo lugar, existe una serie de estructuras estatales dotada de una fuerza diferente hacia adentro y hacia afuera: “dichas estructuras estatales sirven fundamentalmente para *‘impedir’ el funcionamiento ‘libre’* del mercado *capitalista* con el fin de *mejorar* las perspectivas de beneficios de un determinado grupo” (Beck, 1998); en tercer y último lugar, en la economía mundial capitalista la apropiación del plus del trabajo se da en unas condiciones de explotación, que no comprenden dos clases, sino tres fases: espacios centrales, semiperiferia y países y regiones periféricas (Beck, 1998).

Con la globalización de los sistemas productivos, el capitalismo mundial se halla sacudido por crisis y contradicciones de toda índole. Las economías no pueden absorber las reservas de fuerza de trabajo, primero porque la competencia mundial exige técnicas de producción que imposibilitan dicha absorción, y segundo porque no se dispone de la válvula de seguridad que supone -a nivel de las sociedades avanzadas- la emigración masiva. La lógica del capitalismo hace crisis, y ésta se manifiesta en el hecho de que los beneficios derivados de la producción no encuentran salidas suficientes en forma de inversiones lucrativas capaces de desarrollar posteriormente nuevas capacidades productivas. Una nueva contradicción caracteriza al capitalismo mundial: “por un lado, los centros de gravedad de las fuerzas económicas que gobiernan la acumulación han atravesado las fronteras de los Estados particulares; por otro, no existe a nivel mundial un marco o estructura política, social, ideológica y cultural que pueda dotar de coherencia a la gestión global del sistema. Por lo tanto, en lo que respecta a la dimensión política, la gestión de la crisis consiste en suprimir el segundo término de la contradicción, el Estado, con el objeto de imponer la gestión de la sociedad por el ‘mercado’ como única regla. Las ideologías y prácticas antiestatistas radicales de nuestros días forman parte de dicha lógica” (Amin, 1998).⁹

El capitalismo globalizado instituye una nueva jerarquía, más desigual que ninguna de las anteriores, en la distribución de los ingresos a escala mundial. La posición de un país en la jerarquía global

viene definida por su capacidad para competir en el mercado mundial. Pero según Samir Amin, la lucha es cada vez más desigual, en la cual los *centros* del sistema se valen de cinco monopolios: el monopolio tecnológico, el control de los mercados financieros, el acceso monopolista a los recursos naturales del planeta, los monopolios de los medios de comunicación y el monopolio de las armas de destrucción masiva.

En medio de un comercio mundial que se estima en 2000 millones de dólares, mientras que los movimientos de capitales se consideran que alcanzan los 50000 millones de dólares, la globalización del comercio, de los sistemas productivos, de la tecnología y de los mercados financieros erosionan la eficacia de la gestión económica por parte de los estados nacionales.¹⁰ Complementariamente, la privatización reemplaza a las burocracias públicas -sometidas a algún tipo de control democrático- por burocracias privadas opacas e irresponsables. Sin embargo, a pesar de la fuerza expansiva de la tendencia, Amin suaviza su razonamiento señalando que ninguna economía puede existir sin política y sin Estado. A pesar de la globalización de los mercados, las estructuras macroeconómicas nacionales siguen siendo determinantes de enorme importancia: “existen empresas mundializadas, pero los sistemas económicos nacionales no se han mundializado”.

Otra de las características de esta concepción de la globalización se vincula con el diagnóstico de la “emergencia” de identidades nacionales, religiosas o étnicas: “la época actual se caracteriza por un despertar, o nuevo despertar, de identidades o identificaciones sociales colectivas totalmente diferentes de las definidas por la pertenencia a un Estado-nación o a una clase social. El regionalismo, la afirmación lingüística y cultural, las lealtades tribales o étnicas, la devoción a un grupo religioso, la unión a una comunidad local, son algunas de las múltiples formas en que se manifiesta ese despertar” (Amin, 1998). Bajo una lógica similar a la del discurso de la modernización -neoliberal o no- las singularidades culturales y simbólicas son interpretadas desde un punto de vista estructural, externo y lineal, por más que, en el caso que nos ocupa, dichos fenómenos sean analizados a partir del movimiento de acumulación del capital que rige todos los sistemas contemporáneos, locales y nacionales.

Por fin, para la perspectiva del sistema-mundo, el capitalismo en la era de la globalización conlleva

9 “En mi opinión, el capitalismo es incapaz de superar la reciente contradicción entre su gestión económica en un espacio cada vez más mundializado y su gestión política y social, que sigue estando fragmentada en espacios nacionales diferentes. Las alternativas son, a nivel mundial, socialismo o barbarie” (Amin, 1998).

10 “La economía que actúa a nivel mundial socava los cimientos de las economías nacionales y de los Estados nacionales, lo cual desencadena a su vez una subpolitización de alcance completamente nuevo y de consecuencias imprevisibles. Se trata de que, en este nuevo ‘asalto’, el viejo enemigo ‘trabajo’ se está viendo relegado a la vía muerta de la historia, pero también fundamentalmente, de que ‘se está dando la jubilación’, por así decir, al ‘capitalismo general ideal’, como llamara Marx al *Estado*; se trata, en definitiva, de la liberación respecto de los corsés del trabajo y el Estado tal como han existido en los siglos XIX y XX” (Beck, 1998). Una de las líneas argumentales más recurrentes en la bibliografía sobre la globalización consiste en el diagnóstico de la crisis cuasi-irreversible de la política, la democracia, el Estado social, el trabajo, etc. Ver Giddens (2000), Castel (1997), Martin y Schumann (1998) y Habermas (1993).

un particular formato ideológico, vale decir, un proyecto de gestionar el mundo a través de lo que se conoce como mercado y como intereses individuales y a corto plazo de las fuerzas dominantes del capital. En este punto, coinciden casi todas las vertientes “críticas” de la globalización: ideología de mercado, pensamiento único, ideología de la “modernidad gerencial”, globalismo, etc.¹¹ La utopía del mercado se encuentra en el corazón mismo de las políticas desreguladoras en las democracias de occidente, a través de las cuales se debilita el sindicalismo, se desmantelan y liberalizan los precios y los salarios, se reduce el gasto público y se privatizan y liberalizan las transacciones externas. En opinión de Ulrich Beck hay que distinguir entre la complejidad de la globalización y la “nueva simplicidad” del globalismo, entendido éste como dominio del mercado mundial que impregna todos los aspectos y lo transforma todo: “se trata de un economicismo anacrónico que se difunde a enorme escala, de una renovación de la metafísica de la historia, de una revolución social apolítica que se pretende ha de realizarse desde arriba” (Beck, 1998).¹²

Las críticas a esta perspectiva de la globalización son múltiples. En primer lugar, la absolutización de ciertos resortes teóricos, tales como la apelación a una historia capturada y estrechada, la entronización de las “contradicciones fundamentales” y la “lógica interna” del proceso evolutivo -en tanto sinónimo de “esencialización” del análisis- y la insistencia en la crisis y en el probable colapso del sistema mundial, hace más de veinte años que vienen siendo relativizadas a partir de las inconsistencias de la teoría de la dependencia. En segundo término, Ulrich Beck ordena tres observaciones críticas: primeramente, saltan a la vista las dificultades de interpretar y revisar la teoría del sistema-mundo de manera histórico-empírica; segundo, “si la globalización comienza en este marco referencial con el descubrimiento de Colón y el sometimiento del Nuevo Mundo, todo lo demás es también como un medicamento específico en las postrimerías del siglo XX. Lo que significa que el marco conceptual que propone Wallerstein no permite determinar lo históricamente nuevo de lo transnacional” (Beck, 1998); por último, “vemos que así se razona -a pesar de toda la dialéctica- de manera *lineal*, y que no se plantea ni desarrolla realmente la cuestión de si el mercado mundial entraña conflictos e identidades *cosmopolitas* imprevistos y no deseados, que Marx y Engels ya apuntaron en el *Manifiesto Comunista*” (Beck, 1998).

Pero hay argumentos de mayor peso todavía. Esta visión “sistémica” está muy lejos de las exigencias

conceptuales de la teoría de sistemas. Este punto de vista economicista y estructuralista se pliega a la lógica de la “racionalidad instrumental” y del desarrollo de las fuerzas productivas, autoinvalidándose para un abordaje de la “integración social” o de la reproducción simbólica de la realidad.¹³ La crítica de la “ideología de mercado” es insuficiente para dar cuenta de las identidades sociales, de la espesura moral y ética y de las representaciones culturales y simbólicas bajo la globalización. Por fin, la zonificación interrelacionada del mundo -centro, periferia y semiperiferia- reprime todas las especificidades del proceso evolutivo de América Latina, al punto de volverse un enfoque decididamente irreal. Los contenidos y las articulaciones particulares de un modo de desarrollo no se agotan con los calificativos -pretendidamente autoevidentes- de sociedades periféricas o pobres, estructuras subdesarrolladas o dependientes, países desiguales o del sur. Las ciencias sociales latinoamericanas hace muchos años que vienen avanzando en la superación de las aporías del discurso de la dependencia.

La globalización imaginada

El modelo de las “culturas híbridas” se continúa en la idea de la globalización imaginada. Los aportes más recientes de García Canclini nos permiten observar un razonamiento que articula la globalización, las integraciones regionales y las culturas diversas. Reconociendo que la globalización es un objeto evasivo e inmanejable, al punto que quienes la gestionan la cuentan también con narraciones y metáforas, el autor arremete contra el optimismo de los políticos y contra los críticos que ven en este pasaje desgarrador el proceso por el cual acabaremos homogeneizados. García Canclini opta por la vía intermedia, a partir de la cual relativiza la oposición entre lo global y lo local, se resiste ante esa sensación de impotencia política que impera en la actualidad y explora las consecuencias teórico-metodológicas de estos temas sobre los estudios transdisciplinarios.

El eje de su propuesta consiste en la búsqueda de claves para comprender los procesos de globalización en y desde América Latina: “¿cómo reaccionan las sociedades latinoamericanas, que en los últimos cincuenta años mudaron la mayor parte de su población del campo a las ciudades, basándose en el desarrollo industrial sustitutivo y en espacios de intermediación modernos, al afrontar ese súbito reordenamiento que en una o dos décadas desmontan esa

11 Ver Amin (1998), Estefanía (2000), Mattelart (2000), García Canclini (1999), Beck (1998) y Tortosa (2000a, b y c).

12 “El globalismo reduce la nueva complejidad de la globalidad y de la globalización a un aspecto -el económico-, el cual además sólo se concibe *linealmente*, como una ampliación constante de los condicionamientos impuestos por el mercado mundial...En este sentido, el globalismo neoliberal es una forma fenoménica del pensamiento y de la acción *unidimensionales*, un tipo de cosmovisión *monocausal* del economicismo” (Beck, 1998).

13 En este sentido, muchos autores latinoamericanos postulan interesantes caminos alternativos de integración teórica. Ver Castro-Gómez, 2000.

historia de medio siglo? Se desindustrializan los países, las instancias nacionales democráticas se debilitan, se acentúa la dependencia económica y cultural respecto de los centros globalizadores. Pero a la vez las integraciones económicas y los convenios de libre comercio regionales generan signos de esperanzas” (García Canclini, 1999).

A final del siglo XX, en América Latina y en casi todas partes, la marcha de las cosas parece institucionalizarse precisamente bajo reglas de una reproducción a corto plazo, desvalida de proyectos, consagrada a la especulación económica o a la acumulación de poderes inestables. Esta debilidad de los horizontes del progreso y esta desnutrición de los viejos proyectos de la modernidad, se complementan con nuevas perspectivas del poder -aprendidas en el postmodernismo o en el postestructuralismo foucaultiano- e impactan directamente en los supuestos más recurrentes del dependentismo o del antiimperialismo: “durante la época del imperialismo se podía experimentar el síndrome de David frente a Goliat, pero se sabía que el Goliat político estaba en parte en la capital del propio país y en parte en Washington o en Londres, el Goliat comunicacional en Hollywood, y así con los otros. Hoy cada uno se disemina en treinta escenarios, con ágil ductilidad para deslizarse de un país a otro, de una cultura a muchas, entre la redes de un mercado polimorfo” (García Canclini, 1999).

Pero el impulso tiene su freno, ya que, a renglón siguiente, el autor declara que la fluidez con que circulan y contracirculan los bienes y mensajes no clausuran la distinción entre centro y periferia. La posición intermedia de García Canclini se reafirma al sostener que la globalización no sólo homogeniza y nos vuelve más próximos, sino que multiplica las diferencias y engendra nuevas desigualdades.¹⁴ Pensar lo global implica trascender dos posturas: la que hace de la globalización un paradigma único e irreversible, y la que dice que no importa que no sea coherente e integre a todos.

El esfuerzo más encomiable del enfoque está en la superación comprensiva de los dualismos: “al desplazar el debate sobre la globalización de la cuestión de la identidad a los desencuentros entre políticas de integración supranacional y comportamientos ciudadanos nos negamos a reducirlo a la oposición global/local. Buscamos situarlo en la recomposición general de lo abstracto y lo concreto en la vida contemporánea, y en la formación de mediaciones entre ambos extremos. Más que enfrentar iden-

tidades esencializadas de la globalización, se trata de indagar si es posible instituir sujetos en estructuras sociales ampliadas. Es cierto que la mayor parte de la producción y del consumo actuales son organizados en escenarios que no controlamos, y a menudo ni siquiera entendemos, pero en medio de las tendencias globalizadoras los actores sociales pueden abrir nuevas interconexiones entre cultura y circuitos que potencien las iniciativas sociales” (García Canclini, 1999).

Hay que comprender, pues, cómo se modula lo global en las fronteras, en la multiculturalidad de las ciudades y en la segmentación de públicos mediáticos. Para ello hay que procurarse tanto las “cifras estadísticas” como las “narrativas de la heterogeneidad”, vale decir, hay que buscar descripciones y explicaciones que articulen las estructuras más o menos objetivas y los niveles de significación más o menos subjetivos. Se trata de reunir lo que tantas veces fue escindido en las ciencias sociales: explicación y comprensión. Articular las observaciones telescópicas de las estructuras sociales y las miradas que hablan de la intimidad de las relaciones entre culturas. En definitiva, agregamos nosotros, se trata de sustituir un conjunto de dualismos por otro.

Uno de los aspectos más atractivos del modelo de García Canclini -más allá de su impotencia para superar la lógica del dualismo- se ubica en el reconocimiento de tres ejes relevantes que la dimensión cultural de la globalización deja al desnudo: el *drama*, la *responsabilidad* y la *posibilidad de reorientar el itinerario*. El posicionamiento esperanzador lo lleva a afirmar que, así como la segregación es el reverso “necesario” de la integración, y la desigualdad limita las promesas de la comunicación, lo “imaginario” es un componente de la globalización. Un componente sin el cual no se puede pretender avanzar en el conocimiento de los cambios simbólicos radicales que se están generando en América Latina, tanto en las sociedades y los sistemas de comunicación como en las representaciones que cada nación tiene de sí misma y de las demás.

Los estudios de las “identidades” y de los “procesos culturales” en América Latina nada significan fuera de los “núcleos de interacción” con las sociedades de Europa y de Estados Unidos. Más aún: la reconstrucción de la globalización posible en Occidente debe tomar en cuenta esa triangulación simbólica entre los bloques regionales.¹⁵ En efecto, la llamada identidad latinoamericana sólo es imaginable desde diversas narrativas, en muchos casos contradictorias

14 “Al mismo tiempo, esta unificación mundial de los mercados materiales y simbólicos es...una ‘máquina estratificante’, que opera no tanto para borrar las diferencias sino para reordenarlas con el fin de producir nuevas fronteras, menos ligadas a los territorios que a la distribución desigual de los bienes en los mercados. Además, la globalización -o más bien las estrategias globales de las corporaciones y de muchos Estados- configura máquinas segregantes y dispersadoras. Su política de ‘flexibilización laboral’ produce desafiliación a sindicatos, migraciones, mercados informales, en algunos casos conectados por redes de corrupción y de lumpenización” (García Canclini, 1999).

15 García Canclini desarrolla cuatro núcleos de interacción: el sentido sociocultural de las migraciones, las identidades en medio de la globalización, las concepciones del mercado y de la interculturalidad y las políticas culturales.

entre sí y difícilmente sostenibles al contrastarlas con datos empíricos.¹⁶

Desde el punto de vista identitario y cultural, lo más importante es que García Canclini asume la existencia de una historia más o menos común en América Latina, que habilita para hablar de un espacio común latinoamericano, en el que coexisten muchas identidades: “no necesitamos ejercer ningún reduccionismo sobre ellas ni obligarlas a tener rasgos comunes. Lo indígena, lo afroamericano, lo europeo, la latinidad, la tropicalidad a veces convergen y en otros casos se distancian. Es mejor admitir que cada uno de estos aspectos designa parcialidades” (García Canclini, 1999).

Así como Europa y Estados Unidos son cada uno complejos multiculturales, América Latina es demasiado heterogénea -e híbrida- para afirmar sus proyectos conjuntos en unificaciones esencialistas y forzadas, que desconozcan las discrepancias y desigualdades internas. Esta evidencia tiene que basarse en una crítica teórica a las definiciones metafísicas de un ser latinoamericano que unifica entidades tan diversas como las identidades mesoamericana, caribeña, andina, rioplatense, brasileña, por no hablar de regiones diversas dentro de cada país. No obstante, esta heterogeneidad posee al mismo tiempo un punto de unicidad, fundamentado en una identidad que incorpora las perspectivas de los “otros”: “es posible concebir un *espacio común latinoamericano*, pero no predeterminedo étnicamente ni aislado de la historia compartida con los europeos desde hace cinco siglos, que instituyó vínculos prolongados hasta hoy, ni de la historia convergente o enfrentada con Estados Unidos. Es necesario para entender el presente y el futuro de los acuerdos de comercio y de integración entre países latinoamericanos, y de éstos con Europa y Estados Unidos, pensar el espacio común de los latinoamericanos también como un *espacio euroamericano* y un *espacio interamericano*” (García Canclini, 1999).

En un mundo globalizado, que conjuga tanto pretensiones de homogeneidad como evidencias de fragmentación, desde el ángulo de la identidad y de los procesos culturales el gran desafío estriba en cómo resolver las discrepancias entre las “ciudadanías multiformes”, es decir, entre el sistema republicano de derechos universales, el separatismo multicultural de los Estados Unidos y las cuestionadas integraciones multiétnicas bajo el Estado-nación instaurado en América Latina.¹⁷ A su vez, dentro de esta última pueden señalarse tres “tipos” o formas de elaborar

las diferencias y de construir la nación: la argentina (nivel respetable de ciudadanía, autoritarismo político y cultural y sustitución de la población nativa por migrantes europeos), la mexicana (población indígena subordinada al proyecto nacional criollo y a la modernización occidental, pero admitiendo un mestizaje problemático), y la brasileña (identidades menos monolíticas, interpenetraciones múltiples que existen entre los contingentes migratorios, sociedad nacional más proclive a la hibridación).

Por más que se forme un mercado mundial de las finanzas, de algunos bienes y circuitos mediáticos, por más que avance el “inglés” como “lengua universal”, subsisten las diferencias, y la traductibilidad entre las culturas es limitada: “más allá de las narrativas fáciles de la homogenización absoluta y la resistencia de lo local, la globalización nos confronta con la posibilidad de aprehender fragmentos, nunca la totalidad, de otras culturas, y reelaborar lo que veníamos imaginando como propio en interacciones y acuerdos con otros, nunca con todos. De este modo, la oposición ya no es entre global y local, entendiendo global como subordinación general a un solo estereotipo cultural, o local como simple diferencia. La diferencia no se manifiesta como compartimentación de culturas separadas, sino como interlocución con aquellos con los que estamos en conflicto o buscamos alianzas” (García Canclini, 1999).

El viejo modelo de las “culturas híbridas” nos relata desde América Latina una “globalización imaginada”. Y lo hace ensanchando dimensiones inexploradas, incorporando nuevas perspectivas teóricas, otorgando un papel más relevante a las mediaciones de los actores sociales, procurando no caer en las mallas limitantes del pensar dualista. En esta faena, podemos decir sin ambages que el modelo de las “culturas híbridas” ha madurado. En otro contexto, habrá que ensayar una crítica sobre las teorizaciones descriptivas de la *identidad* y sobre la enunciación de *procesos culturales* fuera de toda referencia a la autonomización sistémica.

Resonancias del camino

Los trazos modélicos de ayer y de hoy no agotan las vicisitudes del pensamiento latinoamericano. Somos particularmente conscientes de la cantidad de enfoques y perspectivas que habrá que incorporar en las tareas de construcción de una teoría de la socie-

16 García Canclini describe tres narrativas europeo-latinoamericanas influyentes: 1) el binarismo maniqueo (civilización o barbarie); 2) encuentro intercultural; 3) la fascinación distante (por ejemplo, los latinoamericanos ven a la “civilización europea” como fuente de racionalidad y de confrontación tolerante de ideas). Por su parte, también existe un tríptico narrativo que relata cómo se observan y se interpretan latinoamericanos y estadounidenses: 1) identidades incommensurables; 2) americanización de latinos, latinización de Estados Unidos; 3) vecindad amistosa bajo la tutela estadounidense.

17 “A estos tres modelos se añade un cuarto tipo de ‘integración’ cuando la multiculturalidad es subordinada al discurso mediático, a la organización monopólica de las industrias culturales, que hacen depender de la mayoría del *rating* las apariciones y desapariciones de la diversidad. Esta última política de integración de consumidores atraviesa y desafía los tres modelos clásicos de ciudadanía” (García Canclini, 1999).

dad latinoamericana. Una diversidad que ha latido en los últimos veinte años al compás de una crisis radical, del desmoronamiento del socialismo real, de la reestructuración del modelo de desarrollo, de la consolidación democrática y de la desintegración social. Una diversidad, pues, rica en el vislumbre de nuevos destinos. Sintéticamente, queremos recoger las siguientes resonancias:

1. La vieja tradición del marxismo latinoamericano continúa viva. Allí figuran los trabajos de José Aricó y su reivindicación de la dimensión democrática y nacional y popular, que es parte inseparable del pensamiento de Marx. El recurso hermenéutico de Aricó para sustentar la plausibilidad de su lectura marxista de la realidad de América Latina (Aricó, 1983), consiste en tomar distancia de los argumentos que observan en el criticismo de Marx las formas de una ideología eurocéntrica, legataria de la idea del progreso y de la continuidad histórica.

Más recientemente, los estudios de Atilio Borón adhieren a la perspectiva totalizante propia del “materialismo histórico” y critican el atomismo, la fragmentación y la ahistoricidad del pensamiento burgués. Con intereses anclados en la tradición de la teoría y la filosofía políticas, lo que le permite la resignificación de nociones tales como libertad, democracia, igualdad y emancipación, Borón se pregunta qué tipo de “orden social” se ha instaurado en los capitalismo dependientes y cuáles son los rasgos que el capitalismo neoliberal ha adquirido en la experiencia latinoamericana. La clásica relación entre teoría y praxis, alienta en Borón la función prometeica de la teoría, es decir, la posibilidad de liberación del género humano de todas sus cadenas (Borón, 2000).

2. También dentro de la tradición marxista, la perspectiva gramsciana y su concepto de hegemonía han ganado centralidad en el debate latinoamericano. Bajo la lógica política argumentativa de Gramsci, y reconociendo que el pensamiento del autor italiano es sólo un momento transicional en la reconstrucción del paradigma político esencialista del marxismo clásico, la obra de Ernesto Laclau fue la que llegó más lejos en la fundamentación de un *postmarxismo* que criticó el esencialismo filosófico, que asignó un nuevo papel al lenguaje en las relaciones sociales y que demolió la categoría de “sujeto” histórico portador de identidades colectivas (Laclau y Mouffe, 1987).¹⁸

Los conceptos de “discurso” y “hegemonía”, la introducción del “sentido” en las relaciones sociales y la relativización de la noción de “clases sociales”, demostraron su productividad en el estudio de la constitución de muchas de las identidades populares y colectivas en América Latina. El populismo, el nacio-

nalismo y la modernización, fueron sometidos a nuevos análisis que arrojaron luz sobre los antagonismos y las transformaciones de la política en el mundo contemporáneo (Laclau, 1986).¹⁹

3. La transición de modelos societales y los desafíos de la democracia en el continente, movilizaron la creatividad sociológica en términos de “matrices”, es decir, en tanto ordenamiento flexible de un conjunto de relaciones entre el Estado, la economía y la sociedad. Por un lado, aparece la idea de “matriz estadocéntrica”, formulada por Marcelo Cavarozzi, y que ha resultado muy rendidora para la evaluación de los procesos de crisis societal en América Latina (Cavarozzi, 2001). Por otro lado, autores más en sintonía con el pensamiento de Alain Touraine, como es el caso de Manuel Antonio Garretón, se han referido a los cambios en la matriz de relaciones entre el Estado y la sociedad civil, como forma de observar al mismo tiempo la transformaciones de la política y del sentido de la acción colectiva. La ampliación del concepto de “cultura política” permite combinar las imágenes y las visiones sobre las acciones colectivas que hay en una sociedad con los estilos y los lenguajes que son propios de la acción política (Garretón, 1991).

Según Garretón, en América Latina ha emergido una cultura política embrionaria y confusa, cuyas posibilidades de supervivencia consisten en el fortalecimiento autónomo del Estado, las estructuras político-partidarias y la sociedad civil. Los nuevos vínculos entre los componentes de esta matriz definirán el carácter de la propia política. Frente a la razón tecnocrática, al corporativismo y al irracionalismo extremo (lógica expresivo-simbólica, propia de la acción moral o religiosa), la estabilidad democrática en el continente dependerá en buena medida de una conjugación independiente de los principios de la acción colectiva que guían al Estado, a las mediaciones partidarias y a los actores de la sociedad civil (Garretón, 1991).

4. Una de las corrientes más desafiantes en los últimos años proviene de la larga tradición de la filosofía latinoamericana. Una filosofía cercana a los asuntos de las ciencias sociales, desde el momento que reconoce un pensamiento *radical* que está estructurado por la singularidad de los modos de actuar y de sentir del *sujeto*. El contexto socio-histórico es el que otorga la especificidad: “frente a expansiones filosóficas en América Latina que ejercen su filosofía exclusivamente desde la red categorial de la tradición filosófica occidental que se pretende universal, contribuyendo fundamentalmente a su reproducción, la filosofía latinoamericana es aquella que privilegia la especificidad de la propia realidad a la que puede tra-

18 Esta propuesta de Laclau y Mouffe fue severamente enjuiciada por Atilio Borón (Borón, 2000).

19 Una excelente investigación en esta línea, puede hallarse para el caso uruguayo en Panizza, 1990.

ducir como universal concreto, al tiempo que se relaciona interpretativamente con la tradición occidental, denunciando su universalismo abstracto que viste de universalidad la imposición de su particularidad” (Acosta, 1996).

En un mundo de globalización, y frente a un continente periférico y dependiente, la filosofía latinoamericana es interpelada por demandas de lo social-real. En un clima de época dominado por el postmodernismo, el neoliberalismo y el neoconservadurismo, hay autores que prescriben un conjunto de tareas para nuestra filosofía: “frente a la *era del vacío* que parece homogeneizar culturalmente esta globalización capitalista, la *plenitud* se constituye en el referente utópico que, como condición trascendental posibilita la escucha, la sospecha y la oferta de palabras de la *filosofía latinoamericana como filosofía de la reconstrucción*” (Acosta, 1996).

Una primera tarea se vincula con la reflexión sobre el problema de la *racionalidad*, en verdad acuciante en América Latina, por tratarse de un espacio cultural y natural en el que se condensan las negatividades y contradicciones de la racionalidad instrumental dominante. En este sentido, el objetivo prioritario es lograr que la razón instrumental sea gobernada por una “razón práctica”, para la cual la *liberación* no sea sólo un horizonte, sino “un componente constante en la articulación de proyectos y comportamientos.”

Hay una segunda tarea -en estrecha relación con la anterior- que consiste en la reconstrucción de la categoría de *totalidad*. Una filosofía latinoamericana debería ser capaz de discernir la totalización omnicompreensiva de la racionalidad irracional del mercado, la cual se esconde “bajo la apariencia de la fragmentación de las relaciones medio a fin de las múltiples relaciones instrumentales y de la pluralidad de elecciones según el criterio de las preferencias” (Acosta, 1996). En efecto, sin una referencia a la *totalidad* como categoría central de análisis es imposible diagnosticar la irracionalidad de la totalidad sistémica que pretende reducirse a una fragmentaria pluralidad de acciones racionales de carácter instrumental.

Por fin, de la reconstrucción de la totalidad se desprende una tercera tarea para la filosofía latinoamericana: la reconsideración de la categoría de *sujeto*. Un sujeto que escuche las particularidades, sin cuyo reconocimiento práctico no hay universalidad posible, y que las distinga como puntos de referencia desde los que elevarse a una *universalidad real*, “que a diferencia de la *universalidad verdadera* de cuyo eurocéntrico, no signifique la pretensión de imposición de otra particularidad. El *sujeto vivo*, o la vida real de cada uno de los sujetos en su diversidad cultural y la vida en sus formas naturales, aparece en-

tonces como una nueva condición de trascendentalidad” (Acosta, 1996). De esta manera, la filosofía latinoamericana debe asumir la tarea de reconstruir el universalismo *ético* mediante la disolución de un universalismo *verdadero* en un universalismo *real*, cuyo criterio de universalidad está en el respeto a las particularidades.²⁰

Más allá de los polémicos presupuestos que hemos señalado, lo importante es advertir sobre la centralidad interpretativa de un modelo filosófico. Un trabajo filosófico, condicionado por las realidades concretas del continente, posibilita una reflexión conceptual, alienta un autoentendimiento que trasciende los límites de cada quehacer científico, fundamenta a una sociología cada vez más especializada y coopera con relaciones interdisciplinarias más fluidas. La apertura de la sociología latinoamericana a la filosofía le reportará nuevos impulsos teóricos y sólidos arraigos en la práctica.

En definitiva, estas páginas han querido aportar parte de un recorrido. Y lo han hecho con una intención crítico-sistemática, al evaluar los fundamentos y las estrategias conceptuales como forma de medir los grados de continuidad de los enfoques analíticos de nuestras ciencias sociales.

Las sociedades latinoamericanas nunca podrán ser independientes de cómo se las piensa. En este sentido, sostenemos una convicción de fondo: la descripción, comprensión y explicación de las especificidades de América Latina demandan un trabajo conceptual y un desarrollo de distintos principios de análisis que conjuguen percepciones teóricas e imágenes empíricas.

La revisión de los modelos actuales señala a las claras la necesidad de nuevos principios de “evolución social” para entender la modernización neoliberal, el capitalismo globalizado, la heterogeneidad cultural y las transformaciones ideológicas de la ciencia y la técnica. Inmersa en estas realidades, la “idea” de América Latina emerge como un auténtico desafío de interpretación.

Bibliografía

- ACOSTA, Y. (1996), *Las nuevas referencias del pensamiento crítico en América Latina: ética y ampliación de la sociedad civil*, Anteproyecto de Tesis, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- ALTIMIR, O. (1999), “Desigualdad, empleo y pobreza en América Latina: efectos del ajuste y del cambio en el estilo de desarrollo”, en TOKMAN, V.E., y O'DONNELL, G. (comp.), *Pobreza y desigualdad en América Latina*.

20 “Es tarea para la filosofía latinoamericana trabajar en la reconstrucción del universalismo ético. Para ello trabaja deconstructivamente en el análisis crítico de los modelos de Occidente de un universalismo excluyente y en consecuencia falso” (Acosta, 1996).

- Temas y nuevos desafíos, Buenos Aires, Paidós.
- AMIN, S. (1998), *El capitalismo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós.
- ARICÓ, J. (1983), *Marx y América Latina*, en Revista Nueva Sociedad, Caracas, N° 180-181, 2002.
- BECK, U. (1998), *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós.
- BORÓN, A. (2000), *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra la democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- BRUNNER, J.J. (1987), *La modernidad y el futuro de América Latina*, Montevideo, CLAEH.
- CARDOSO, F.H. (1980), *El desarrollo en el banquillo*, México, Revista Comercio Exterior, pp. 846-860.
- CASTEL, R. (1997), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.
- CAVAROZZI, M. (2001), "Fórmulas de Gobierno en el Cono Sur", en MALLÓ, S., y SERNA, M., *Seducción y desilusión. La política latinoamericana contemporánea*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- CORTAZAR, R. (1999), "Globalización y creación de puestos de trabajo. Una perspectiva latinoamericana", en TOKMAN, V.E., y O'DONNELL, G. (comp.), *Pobreza y desigualdad en América Latina. Temas y nuevos desafíos*, Buenos Aires, Paidós.
- DE SIERRA, G. (comp.) (1994), *Los pequeños países de América Latina en la hora neoliberal*, Caracas, Nueva Sociedad.
- DEL BÚFALO, E. (1985), *La teoría económica en América Latina*, en Revista Nueva Sociedad, Caracas, N° 180-181, 2002.
- DÍAZ ORUETA, F. (1997), *La ciudad en América Latina: entre la globalización y la crisis*, América Latina Hoy, N°15, pp. 5-13.
- DÍAZ ORUETA, F., y LUNGO, M. (1999), "Urbanización y estructura social en América Latina", en D'ENTREMONT, A., y PÉREZ ADÁN, J. (eds.), *Desarrollo socioeconómico y evolución demográfica: perspectivas para América Latina*, Pamplona, Eunsa, pp. 55-70.
- ESTEFANÍA, J. (2000), *Contra el pensamiento único*, Madrid, Punto de Lectura.
- FALETTO, E. (1993), *Formación histórica de la estratificación social en América Latina*, Santiago de Chile, Revista de la CEPAL, N°50.
- FILGUEIRA, C.H. (1999), "Bienestar y ciudadanía. Viejas y nuevas vulnerabilidades", en TOKMAN, V.E., y O'DONNELL, G. (comp.), *Pobreza y desigualdad en América Latina. Temas y nuevos desafíos*, Buenos Aires, Paidós.
- FITOUSSI, J.P., y ROSANVALLON, P. (1997), *La nueva era de las desigualdades*, Buenos Aires, Manantial.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1999), *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós.
- (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.
- GARRETÓN, M. A. (1995), *Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones*, Santiago de Chile, FCE.
- (1991), *Política, cultura y sociedad en la transición democrática*, en Revista Nueva Sociedad, Caracas, N° 180-181, 2002.
- GIDDENS, A. (2000), *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus.
- GUNDER FRANK, A. (1992), *El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico*, Madrid, IEPALA.
- HABERMAS, J. (1993), "La crisis del Estado de bienestar y el agotamiento de las energías utópicas", en *Ensayos políticos*, Barcelona, Península.
- KAZTMAN, R. (coord.) (1999), *Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay*, Montevideo, PNUD-CEPAL.
- LACLAU, E. (1986), *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- LACLAU, E., y MOUFFE, CH. (1987), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI.
- LANDER, E. (2000), "Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos" en LANDER, E. (compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso.
- LECHNER, N. (1994), *Estado y política en América Latina*, en Revista Nueva Sociedad, Caracas, N° 180-181, 2002.
- LONGHI, A. (1995), *En torno al concepto y medidas de la pobreza*, Montevideo, Documento de Trabajo N°37, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.
- LÓPEZ SEGRERA, F. (2000), "Abrir, impensar, y redimensionar las ciencias sociales en América Latina y el Caribe. ¿Es posible una ciencia social no eurocéntrica en nuestra región?", en LANDER, E. (compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso.
- MARTÍN, H-P., y SCHUMANN, H. (1998), *Las trampas de la globalización. El ataque contra la democracia y el bienestar*, Madrid, Taurus.
- MATTELART, A. (2000), *Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la sociedad global*, Barcelona, Paidós.

MIRES, F. (1987), *Continuidad y ruptura en el discurso político*, en Revista Nueva Sociedad, Caracas, N° 180-181, 2002.

NUN, J. (1994), 'La democracia y la modernización, treinta años después', en DE SIERRA, G. (comp.), *Democracia emergente en América del Sur*, México, UNAM.
 ———(2000), *Democracia. ¿Gobierno del pueblo o gobiernos de los políticos?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

O'DONNELL, G. (1997), *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós.

PANIZZA, F. (1990), *Uruguay: batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

PATERNAIN, R. (2004), *La teoría social latinoamericana. Legados y desafíos*, Montevideo, inédito.

———(2001), *América Latina: los límites de la interpretación. Cuatro modelos ejemplares y un apéndice*, Tesis de Maestría, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

RACZYNSKI, D. (1999), "La crisis de los viejos modelos de protección social en América latina. Nuevas

alternativas para enfrentar la pobreza", en TOKMAN, V.E., y O'DONNELL, G. (comp.), *Pobreza y desigualdad en América Latina. Temas y nuevos desafíos*, Buenos Aires, Paidós.

TOKMAN, V.E., y O'DONNELL, G. (comp.) (1999), *Pobreza y desigualdad en América Latina. Temas y nuevos desafíos*, Buenos Aires, Paidós.

TORTOSA, J.M. (2000^a), "El futuro de la organización mundial: el pacto global y sus alternativas", en *Iglesia Viva*, 201, pp. 9-32.

———(2000b), "Guerras por la identidad: de la diferencia a la violencia", en *Globalización y sistema internacional*, Anuario CIP2000, Barcelona, Icaria.

———(2000c), "Los países del Sur en la economía global", en *Pensamiento Unico y globalización: retos a las escuelas Católicas*, Terceras Jornadas de los Centros Educativos de Iniciativa Social de la Iglesia de Euskadi, Estella, pp. 73-88.

TOURAINÉ, A. (1989), *América Latina. Política y sociedad*, Madrid, Espasa.

WALLERSTEIN, I. (1997), *El futuro de la civilización capitalista*, Barcelona, Icaria.

VV.AA. (1995), *Territorios urbanos y cohesión social*, París, Actas de Seminario.

Resumen:

Las tradiciones intelectuales de las ciencias sociales latinoamericanas son interpeladas por las nuevas realidades socioeconómicas. A mitad de camino entre la vigencia de los viejos modelos interpretativos -los que se rearmen para ejercer su crítica- y los esfuerzos actuales para conceptualizar un contexto social complejo y heterogéneo, nuestras ciencias sociales se lanzan a la búsqueda de formas inéditas de articulación de lo teórico, lo metodológico y lo empírico. La línea cepalina actual que aborda los procesos de la pobreza y la desigualdad, el enfoque del sistema-mundo y la perspectiva de las culturas híbridas, son algunos de los emergentes teóricos sometidos a un análisis que enfatiza las regularidades discursivas internas. Así, el presente artículo privilegia esa búsqueda, e indaga en las fortalezas y debilidades de los nuevos intentos sin perder de vista la necesidad de una teoría de la sociedad latinoamericana.

DESCRIPTORES: Teoría social / América Latina / Desigualdad / Globalización